

# RINOCERO

SEMANARIO INFANTIL

NUM. 11.



3. MAYO  
1925.

HEMEROTECA  
MUNICIPAL



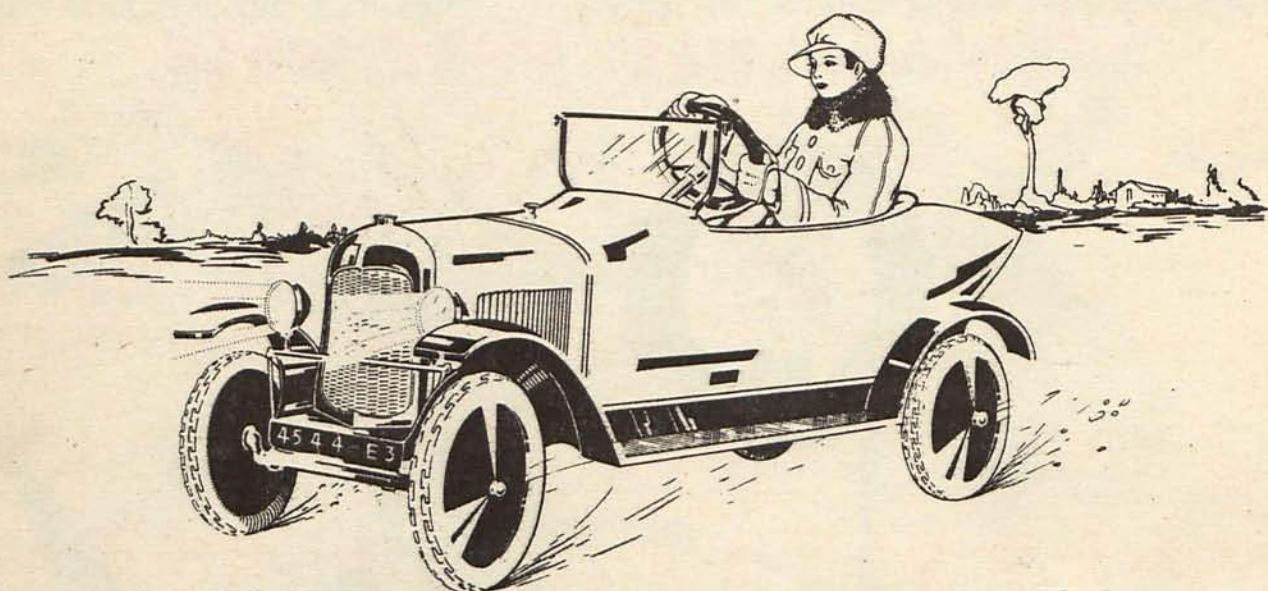
30  
Cénts.



# PINOCHO ES GENEROSO

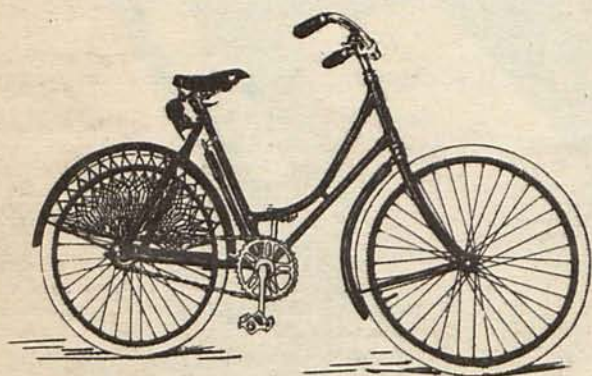
Y REGALA A SUS AMIGOS LOS «PINOCHISTAS» TODOS ESTOS  
PRECIOSOS JUGUETES, QUE VALEN ¡5.000 PESETAS!

NO DEJEIS DE SUSCRIBIROS A "PINOCHO" HOY MISMO



**Dos colosales automóviles «Citroën».**

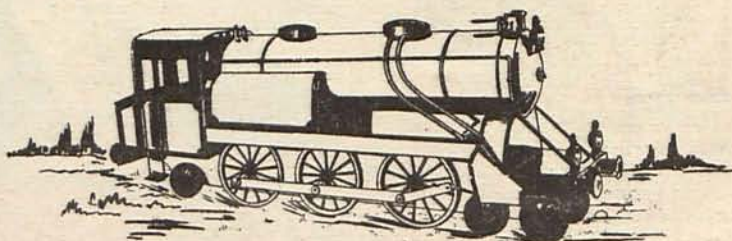
Con frenos, faros eléctricos, parabrisas giratorio, neumáticos Michelin, «confort», bocina, aceitera, llave inglesa, bomba, goma y disolución para reparación de averías.



**Dos estupendas bicicletas para niño  
o para niña.**



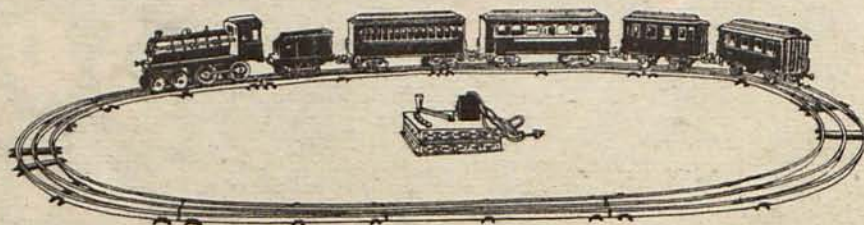
**Tres magníficos triciclos con cadena  
de transmisión.**



**Dos formidables locomotoras con cuerda  
que marchan a gran velocidad.**



**Una magnífica muñeca con su  
«trousseau» completo.**



**Un tren eléctrico con reostato para graduar su velocidad.**



# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

DIRECCION Y ADMINISTRACION

CALLE DE VALENCIA 28

MADRID

TEL. 204-M — APART. 447

ED. "SATURNINO CALLEJA" — DIR. S. BARTOLOZZI.

ADMINISTRACIÓN CIERRE Y TALLERES } SAN-SEBASTIÁN | ADMINISTRACIÓN CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES } MADRID.



AÑO I

NÚMERO XI

Precios de suscripción: AÑO..... 15 pesetas  
SEMESTRE..... 7,75 —

NÚMERO CORRIENTE, 30 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 40 CÉNTS.

## ZAPATILLAS DE CIRCO



CHONÓN tenía una afición loca por el Circo. Era como esos aficionados a los toros, que se abonan a una barrera para toda la temporada.

El tenía también su abono, que era a una butaquita de pista. En el terciopelo ponía el programa, los caramelos y el papel blanco para escribir. Porque habéis de saber que no era un aficionado como otro cualquiera; era un revistero del Circo. Apuntaba los

chistes, apuntaba las equivocaciones de los saltarines y las rebelías de los perros amaestrados; y sabía cuándo habían sido más limpios el salto de la Muerte y los juegos de los prestidigitadores.

Por eso resultó que Chonón se hizo un periódico que titulaba *El Eco del Circo*, donde ponía sus impresiones, y pintaba payasos, y tigres, y chinos equilibristas, con todos sus colorines.

Con esto se demuestra que no había nadie tan aficionado al Circo como Chonón.

Una noche era la despedida de un payaso, que llamaban *Gomato*, porque recordaba a la goma, tanto porque su cuerpo se retorció como porque tomaba todas las formas: imitador, clown, prestidigitador, gimnasta y dos o tres cosas más.

Era una fiesta extraordinaria. En el palco real estaban los Principitos y los Infantes, y en un palco de abajo tenían su sitio Pinocho y Pirula. Y había muchos ministros, generales y aristócratas, porque *Gomato* era muy viejo, y les había hecho pasar muy buenos ratos cuando eran niños.

El Circo estaba tan lleno de gente que no cabía ni una flauta de punta. Y para aplaudir tenían los niños que subir las manos a lo alto, por encima de su cabeza, porque si no, no podían mover los brazos.

Pasaron todos los números del programa, y el último era *Gomato*. Trabajó mejor que nunca, y cuando terminó se echó a llorar. Y casi todos los niños con él, de emoción. Al pobre le daba mucha pena dejar para siempre el Circo, que había sido toda su vida.

La ovación fué extraordinaria. Entonces *Gomato* se quitó el gorro, que era un cucurucho blanco de franela, lo tiró al palco real y se lo dejó puesto al Príncipe heredero de aquella nación, diciéndole:

—Alteza: Admitidme este regalo en el día más emocionante de mi vida.

Después se quitó el chaleco inmenso, de clown, y se lo ofreció a Pinocho.

—Pinocho, tú que eres el mejor compañero de los niños, toma este recuerdo, aunque te venga ancho. Mejor: así estarás más payaso. Y tú, Pirula, admite también mi paraguas—. Y le regaló su paraguas de broma, que no tenía más que puño, tela y contera, por lo que podía ser arrebujado y metido en un bolsillo.

Por último se fue al sitio de Chonón y le dijo:

—Niño: No sé cómo te llamas ni quién eres. Sólo sé que te he visto todas las noches, y que en mi larga vida de payaso no he sentido nunca unos ojos que me miren con tanta atención. Por eso yo quiero regalarte algo, cualquier cosa: toma mis zapatillas con suelo de goma. Ha sido la prenda que no he renovado nunca. Parece que su goma es misteriosa, porque es nueva como el primer día... Adiós... *Gomato* volvió a llorar y desapareció en medio de una ovación formidable.

Al llegar a su casa, Chonón se probó las zapatillas de goma de *Gomato*.

Le estaban ceñidas como hechas a la medida. Si que parecían de misterio, porque seguramente el payaso retirado tenía los pies más grandes que Chonón.

Nada más ponerse aquel calzado, el niño de nuestra historia se sintió renovado: feliz, alegre, ágil. Pero era la hora de acostarse, y se las quitó.

Durmió soñando con las cosas que había visto aquella noche y con otras mucho más raras, extraordinarias y emocionantes.

Y por la noche del día siguiente, a la hora de irse al Circo, pensó:

—Puesto que las zapatillas son de un payaso, las usaré para ir a mi butaca de pista—. Y lo hizo.

Al poco tiempo de llegar, salieron unos barristas admirables. Se agarraban a una barra, daban vueltas cogidos con las manos fuertes, como las daría una carraca, y se soltaban de pronto para ir por el aire a otra barra. ¡Admirable y aterrador!...

Chonón sintió que sus pies se agitaban. Y ya no pudo más: saltó a la pista, se quitó la blusa, se quedó con su camiseta ceñida y sin mangas, saltó a una barra y empezó a dar vueltas tan veloces, tan veloces, que no se le veía en absoluto; y cuando contuvo la marcha y se le vió, había pasado, también, a otra barra. El público le aplaudió con entusiasmo; pero dos criados le cogieron y se lo llevaron a su sitio. Entonces Chonón se convenció de que las zapatillas tenían

misterio: un maravilloso misterio de circo. Luego salió una *troupe* de músicos. Y uno tocaba el acordeón con la cabeza en el suelo y los pies a lo alto. Chonón, sin poder contenerse, saltó a la pista, cogió el acordeón de aquel músico pintoresco, y dando treinta saltos mortales alrededor de la pista, tocó armoniosamente la *Marcha Real*. Y he de advertiros que jamás había tocado en instrumento alguno.

Los aplausos fueron ensordecedores; pero los criados volvieron a cogerle y a dejarle en su localidad.

El tercer número era de caballitos de circo. Salieron unos jaquitos con tupé sobre la frente, tripietas redondas y cola flotante.

Saltaron por un aro, corrieron por el suelo haciendo *eses* de lujo, se arrodillaban, daban la mano al domador y andaban de manos algunos pasos.

Entonces Chonón empezó a echar sobre la frente su tupé frondoso, empezó a escarbar con las manos en el terciopelo de la barrera como los potros en la arena, y cuando estaba saltando al redondel alguien le cogió por un pie y le dejó con los pies en el terciopelo y las manos en el suelo de la pista. Y aprovechándose de la postura le quitó las zapatillas.

Cuando se levantó Chonón se encontró frente a frente con *Gomato*, que vestido de señorito le decía desde la localidad de al lado: —Hijo mío: yo te las regalé para que te lucieras, como te has lucido; pero no para que hicieras el ridículo, como ahora ibas a hacerlo...»

Y *Gomato* se marchó con las zapatillas debajo del sobaco, y Chonón se quedó llorando, sentado en su butaca...

ANTONIO ROBLES.



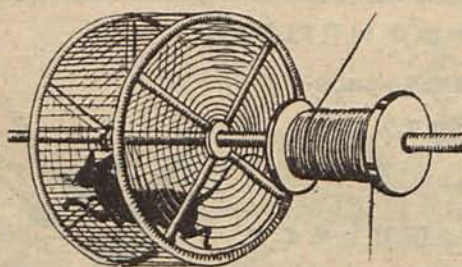


# CURIOSIDADES

## LOS RATONES ÚTILES

Decididamente existen en este mundo individuos que, como Hatton, nacen con un admirable sentido práctico. Este buen señor, que era escocés, en 1812 encontró un juego divertido, que luego resultó ser un invento fantástico. Consistía este invento en un tambor de alambre, que giraba alrededor de un eje fijo. En dicho tambor Hatton introducía un ratón, un ratón verdadero, el cual, al moverse, imprimía al tambor un movimiento giratorio.

Con este invento Hatton creía poseer un filón con que hacer fortuna, aprovechando la fuerza motriz producida por el animalito para la fabricación de hilos. Hatton quería fabricar hilos, muchos hilos, muchas madejas de



hilos. Para ello, nuestro gran inventor había hecho sus cálculos. Había llegado a comprobar y establecer que un ratón, encerrado entre alambres, andaba 16 kilómetros diarios. ¡Gran idea! Hatton fabrica dos bonitos tambores y encierra un ratón en cada uno de ellos. Utilizando la fuerza de los pequeños roedores, fabrica en cinco semanas 3.350 hilos de una docena de metros cada uno. ¡Admirable! Hatton anuncia en los periódicos la magnificencia de su invento. Hatton desea establecerse, desea instalar una gran fábrica para dar a su país, desde entonces, una industria inmensa, importante.

Sin embargo... Hatton muere en la desgracia, de repente, sin haber conseguido su sueño.

## NUEVAS AVENTURAS DEL BARON DE LA CASTAÑA

Estábamos en California, donde mi esposa había tenido que concurrir para tomar parte en un campeonato de levantamiento de peso.

Yo entretenía mis ocios pescando algún enfriamiento que otro,



por lo cual era conocido y popular entre todos los pescadores de la comarca.

Un buen día que yo estaba al borde del mar, sentado en unas piedras húmedas y pescando un reuma, vi venir hacia mí un grupo numeroso de hombres de mar.

—Vendrán a hacerme la competencia y a pescar también un reuma cada uno —pensé. Pero no era para eso, sino para pedirme un gran favor.

Se trataba de la pesca del pez *Torrija*. Esta clase de peces habían celebrado una reunión, en la cual habían tomado el acuerdo importante de no dejarse pescar.

Nada había podido hacer variar de opinión a los peces *Torrija*; ni las súplicas de los pescadores, ni el conocimiento de la situación angustiosa en que quedaban éstos al no poder pescarlos; los peces, rebeldes seguían en su actitud irreductible de no dejarse coger.

Los pescadores acudían a mí en súplica de que los sacase de aquel apuro inventando una manera por la cual la pesca del famoso pez volviese a ser pródiga.

Les prometí ocuparme del asunto, y, en efecto, a los pocos días me echaba a la mar en un ligero esquife cargado de proclamas de botellas de vino.

Llegado a los parajes en donde solían abundar más los peces

*Torrijas*, comencé a arrojar al agua los cartones, que decían así: «Bebamos antes», «Venga vino», «Los hombres han inventado contra el agua los paraguas; en cambio contra el vino no han inventado nada; eso prueba lo bueno que es», «Os debía de dar vergüenza vivir en el agua», «Vais a pescar un reuma», «Probad el vino, no cuesta nada: lo doy de balde». Además vertía el contenido de las botellas.



El efecto de estos carteles entre los peces *Torrijas* no se hizo esperar. Los *Torrijas* leían los cartelones y se quedaban en grupos haciendo comentarios. Después probaban el líquido rojo que yo vertía desde la barca, y que no era otra cosa que vino de Val-depeñas.

Durante una semana seguí realizando esta maniobra. Cada día los carteles eran más enérgicos, y en ellos se alababa la acción de los vinos y se denigraba el agua en todos sus aspectos. También era mayor la cantidad de vino que vertía en los lugares donde se reunían los peces *Torrijas*.

Pronto me hice el amo de aquellos mares. Sus habitantes esperaban mis apariciones con impaciencia. Mi llegada en la barca era saludada con grandes muestras de entusiasmo; todos los peces saltaban gozosos al verme aparecer. Por confidencias, cuyo origen me reservo, sabía el efecto que mis cartelones habían producido en el fondo de las aguas. Los peces comenzaban a aborrecer el agua; algunos, los más exaltados, se decían avergonzados de saber nadar.

—A mí el agua me revienta —decía un pez, que se las echaba de distinguido—. Si fuese siquiera agua de seltz...

A los pocos días de realizar mi maniobra cesé de arrojar vino en el mar y pude observar cómo los peces mostraban su malestar agitando junto a la costa en espera de mi aparición en la barca.

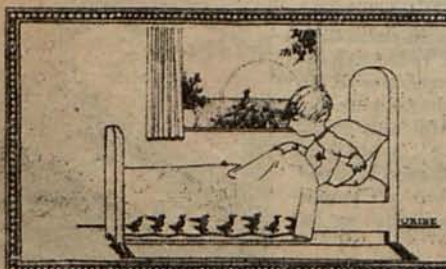
Los peces, acostumbrados ya al vino, no podían pasarse sin él; ya había conseguido, pues, mi objeto. El resto fué de una gran sencillez: coloqué unas grandes redes en la playa y un cartelón mirando al mar, en el que se leía:

### TABERNA

Y los peces, deseosos de beber, se precipitaron como locos y se entregaron coleando en las redes.

Los pescadores californianos me levantaron una estatua.

EL BARON DE LA CASTAÑA.



Todos los niños se levantan alegres porque saben que les lavan con

**JABÓN CALBER** (PASTILLA 1,25)

y todas las madres deben tener buen cuidado de que el cutis sensible de los niños sea lavado exclusivamente con

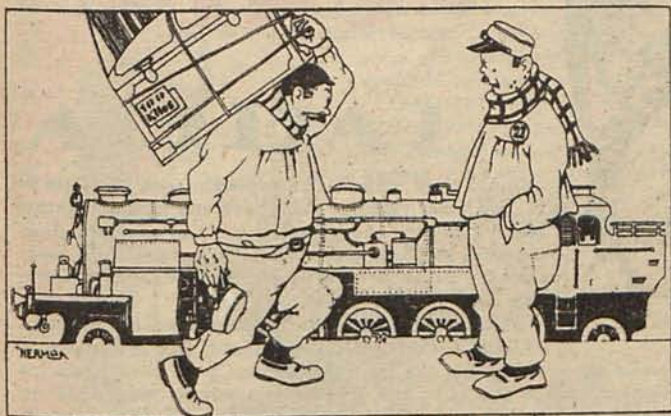
**JABON CALBER** (PASTILLA 1,25)

porque es el más indicado dada la pureza de los componentes.

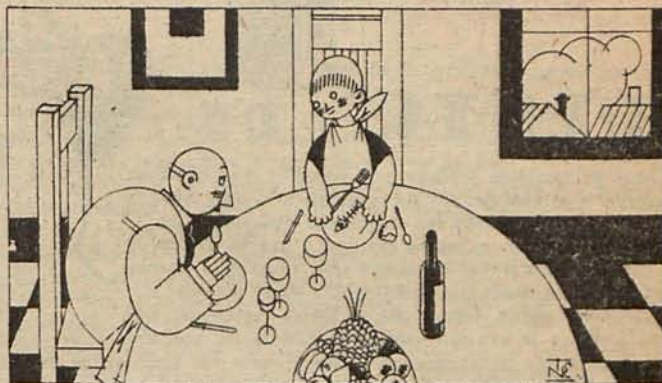
PERFUMERIA HIGIÉNICA CALBER. — SAN SEBASTIAN



# CHISTES



—¡Pero, Liborio! ¿Otra vez has cargao?  
—Sí, chico; como ves, tengo la suerte por arrobas



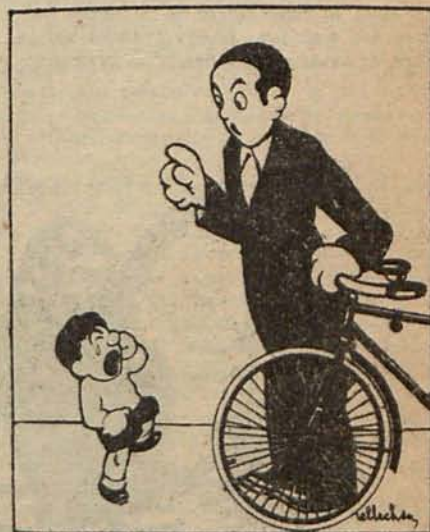
—¡Oye, papá! ¿Es verdad que hay peces que se comen a las sardinas?  
—Sí, hijo mío.  
—¿Y cómo hacen para abrir las latas?



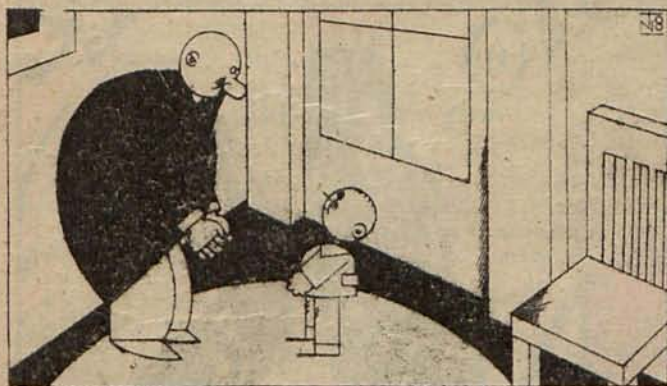
—Aquel inglés que va por allí me dió el otro día una bofetada que me saltó tres muelas.  
—¿Y tú qué hicistes?  
—Pues como no sé inglés, hice que no entendía.



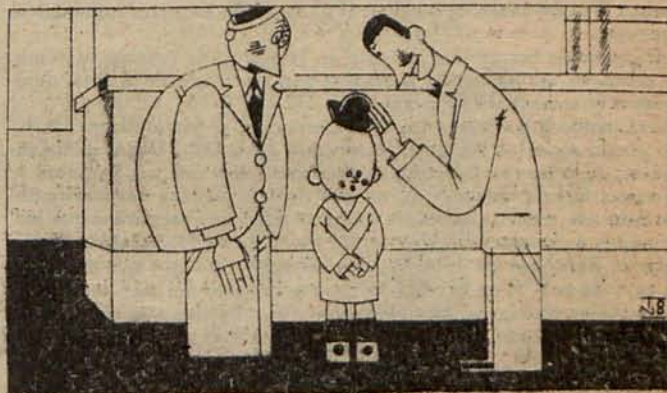
—¿Cuánto renta el principal?  
—Seiscientas pesetas.  
—¡Qué atrocidad! ¿Cómo ha subido tanto?  
—¡Ca; no, señora! ¡Si está en el mismo sitio!



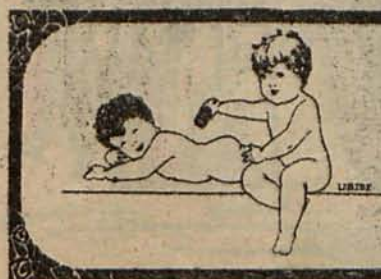
—Es inútil que llores; no te dejaré montar en la bicicleta hasta que no hayas aprendido a andar en ella.



—Papá, dice el maestro que nosotros estamos en el mundo para ayudar a los demás.  
—Así es, hijo mío.  
—Entonces, ¿para qué están los demás?



—¿No tiene usted un sombrero más grande?  
—Y usted ¿no tiene un niño con la cabeza más pequeña?



## POLVOS ANTISÉPTICOS CALBER

son el mejor amigo de los niños que les priva de ESCOCIDOS, IRRITACIONES DE LA PIEL, GRANOS, SARPULLIDOS, etc., etc.

## POLVOS ANTISEPTICOS CALBER

son admirables para después del baño y extraordinariamente refrescantes. Los recomiendan millares de médicos y los usan millares de madres para su bebé.

Están premiados en la EXPOSICIÓN FARMACÉUTICA Y DE HIGIENE y nada se ha descubierto hasta hoy, ni más aséptico, ni más agradable para el cutis.

PERFUMERIA HIGIÉNICA CALBER. — SAN SEBASTIÁN.



# LA PRINCESA MAS FEA

## DEL MUNDO

### CUENTO DE CALLEJA



Muy preocupada andaba por aquellos días la Reina Maravilla, esposa del rey de las Islas de Coral. Apenas tocaba con sus labios las exquisitas golosinas que le preparaban siete cocineros traídos a precio de oro de la China, ni los frutos rarísimos que venían en barcas de madera de sándalo, cubiertos con gasas de oro.

Tampoco podía dormir. En su lecho, sustentado por cuatro tigres de oro con pupilas de esmeralda, contaba febrilmente las horas negras, grises y hasta las sonrosadas de la mañana. Y sus esclavas, despiertas y agrupadas en las gradas de mármol negro que conducían al lecho real, se preguntaban de qué extraño mal sufría la reina Maravilla, que era joven, bella y poderosa.

Una mañana gris de Abril la doliente reina se arrojó del lecho, se envolvió en un manto de pieles cenicientas, y con un velo de plata cubrió el esplendor de sus cabellos y bajó sola al parque; entre el humo ligero de la niebla bailaban los duendes, dando grandes saltos sobre las setas sonrosadas, y las arañas te-



jian sus telas, recamadas de perlas de rocío. Pero la Reina no les vió, porque sus ojos no veían más que lo que era bello y no comprendía otra belleza que la de todo lo suntuoso, costoso o deslumbrante, y, por tanto, ignoraban el encanto de los seres humildes e ingenuos.

Después de cruzar rápidamente un laberinto de rosales, la Reina se sentó en un banco de piedra, y, por fin, creyéndose sola, dejó escapar el secreto de su inquietud:

—¿Cuándo llegará, por fin, el día esperado! —gimió Maravilla—. No puedo soportar por más tiempo esta ansiedad... Desde el día en que un presagio cierto me hizo saber que voy a dar un heredero a mi reino, la sola idea de que no sea de una belleza sorprendente me llena de espanto. Debería haber una ley que asegurase que los príncipes de sangre real nazcan tan bellos como las estatuas de mi palacio. Pero ¡hay de mí! ¡He visto hijos de mendigos que parecían un rayo de sol! Y, en cambio, mi prima, la reina del mar de Medianoche, tiene un hijo monstruoso, como los animales que acechan en el fondo del Océano. ¡Daría mi corona de perlas a quien me aliviasse de esta duda!

—¿Me la darás a mí? —dijo una voz chillona, que parecía salir de la hierba.

La Reina miró a sus pies, sorprendida, y lanzó un grito de espanto. Un sapo, un enorme sapo amarillento, lleno de horribles pústulas, estaba ante ella, con, para mayor descaro, una de sus patas apoyada familiarmente en la sandalia de cuero blanco de la soberana.

—¿Me la darás a mí? —repitió el sapo, guiñando sus ojos de oro y azabache—. Pero Maravilla se subió de un salto a un banco, recogiendo nerviosamente sus vestiduras y gritando:

—¡Qué horror! ¡Qué espantoso bicharraco! ¡Socorro! ¡Salvadme! ¡Cómo pueden existir seres tan repugnantes!

No lejos de allí estaba su escudero cazando alondras, y acudió, ballesta en mano. Al ver al sapo en la hierba y la Reina sobre el banco se dió cuenta de que el peligro no existía más que en la imaginación de la Soberana. Pero, buen cortesano, no perdió el tiempo en discutir ni en tranquilizarla. Armó su ballesta, apuntó y...

—¡Asesino! ¡Desvergonzadote! ¡Dónde tienes los ojos, pedazo de bruto! —gritó una viejecilla del mismo tamaño que el sapo, poco más o menos, y vestida de verde, que salió de debajo del banco—. ¿No ves que es mi marido, que ha venido a hablar con la Reina de

un asunto muy serio? ¡Por supuesto, que la culpa es suya, por haber venido a hablar con una loca semejante!

Maravillados se quedaron la reina y el escudero al oír semejantes palabras y ver que la viejecita se cogía amorosamente de la pata del sapo. Pero Maravilla, verde de ira, repitió su orden:

—Mátalos a los dos. Los monstruos no deben vivir.

—¿No? —exclamó la vieja riendo, lo que le daba un extraño aspecto de rana, con los ojos saltones y la boca hasta las orejas—. Pues lo que es tu hija, porque hija será lo que tengas, no vivirá mucho, porque será un monstruo repugnante. Y dame la corona de perlas, porque ya te he sacado de la duda.

La Reina se desmayó en brazos del escudero. El sapo y la vieja desaparecieron dando saltos. Y se oían sus carcajadas, coreadas por las ranas del estanque.

II

Cuando la Reina volvió en sí se encontró de nuevo en su lecho, de modo que por un momento creyó que todo había sido un sueño. La vista de sus sandalias mojadas de rocío y en una de las cuales había adherida una hoja verde, la recordaron el extraño suceso. Un escalofrío la recorrió al recordar la horrible predicción de la irascible vieja, y sin saber por qué, corrió hacia la cuna de plata y esmaltes azules que esperaba, desde hacía días, al heredero del trono.

—¡Si hubiese llegado ya, mientras yo estaba en el parque! —pensó la Reina. Y, deteniéndose un momento, llamó a sus esclavas para que la vistiesen en traje de gala, con su corona y su manto real, pues no quería que su hijo la viese por primera vez, sino en todo su esplendor.

Ya vestida y cubierta con el manto de terciopelo rojo y armiños, acercóse lentamente a la cuna, en la que algo parecía moverse y balancearse extrañamente, recorrió poco a poco las cortinas de encajes de plata y... quedó muda de estupor.

Entre las almohadas de raso rosa y el cobertor de cisne, se revolcaba un horrible engendro, el más horrible que pueda pensarse para castigo de una madre demasiado orgullosa. Ojos saltones, boca de oreja a oreja, brazos y piernas larguísima terminados en patas palmeadas. Era un sapo, un verdadero sapo con viva apariencia humana, en el que sólo recordaba la belleza de la reina una fabulosa cabellera de oro, pero de oro verdoso, como la piel del monstruo.

La primera idea de la Reina fue cerciorarse de que estaba sola y que ninguna esclava indiscreta era testigo de su desgracia. Después, cogiendo con almohada y todo al engendro, que sonreía, repugnante, se acercó a la ventana para arrojarle al parque...





El altivo corazón de la Reina latió por primera vez como el de una madre, y detuvo su gesto criminal. A pesar de todo, *aquello* era su hija y debía resignarse a la desgracia merecida por su crueldad.

Para ver de aliviarla mandó en seguida a buscar a las hadas. Y pronto volvieron los mensajeros, cabeza baja. Todas habían muerto de vejez y de abandono. Tan sólo una, muy vieja, llegó a la cámara de la Reina; al ver a la infeliz princesa sacudió tristemente sus bucles color de luna y se declaró impotente para deshacer el maleficio.

—Ya no tengo ningún poder mágico —murmuró—; hace pocos meses vendí mi último talismán para poder comer. Ya sólo soy una pobre vieja que ni siquiera tiene el consuelo de morir.

Y desapareció. La reina Maravilla se sintió perdida; no tendría más remedio que confesar su vergüenza y afrontar la cólera del Rey. Era, seguramente, el destierro, la muerte tal vez...

—Estoy perdida, perdida. ¿Quién me ayudará?

—Yo —dijo una voz alegre, que pareció salir de un cofre, al lado de la chimenea—. Con tal de que me saques de aquí, pues llevo una semana sin poder salir.

Con recelo, la Reina abrió la tapa del cofre. Y salió de un salto, colocándose encima de una mesa de mármol negro, un extravagante y diminuto personaje. Sea porque estaba dominada por el dolor o porque empezaba a acostumbrarse a ver seres raros, la Reina no tuvo miedo. O tal vez, porque a pesar de su extraño traje, no era lo que se dice feo, feo. Más bien gracioso y con aspecto descarado y pícaro.

Era un duende del bosque. Un duende como había muchos, igual a todos, con un mechón de pelo azul, tieso como una cresta; ojos alegres y largos zapatos puntiagudos, hechos de una cáscara de bellota. El duende, después de hacer unas reverencias que envidiaría el más antiguo palaciego, continuó, dirigiéndose a la Reina, con desparpajo admirable:

—Mil gracias, graciosa Majestad. Llevo ya una semana dentro del cofre de la leña, en dónde me escondí huyendo del gato, y ya empezaba a tener hambre. No he llamado antes porque no me gusta molestar a nadie; pero como he oído vuestras quejas, he pensado que tal vez pudiese serla útil y aquí me tiene Su Majestad a sus órdenes.

Iba a replicar la Reina, pero el duende la interrumpió:

—No se moleste, señora... He podido darme cuenta de la situación desde mi encierro... Antes de que Su Majestad volviese de su paseo oí abrirse la ventana y entrar con sigilo un ser que debía ser de pequeña estatura por el poco ruido que hacían sus pasos y porque le oí decir en voz baja, pero indignada: «¡Pues no han comprado una cuna poco alta! En fin, me subiré en una silla y llegaré...» Luego oí una carcajada que parecía el croar de una rana, y la voz continuó:

Monstruo soy, monstruo te vuelvas,  
como el corazón de la Reina.

Ahora bien: reconoció la voz y la risa de la terrible hada Ranilde, reina de los estanques y de las aguas muertas... Su poder es inmenso y nadie puede combatirlo... La princesa crecerá en fealdad al mismo tiempo que en años. Sin embargo, yo, solamente yo, Pimienta, el duende, puede salvarla.

La Reina alzó los brazos al cielo, llena de júbilo.

—Te daré todos mis tesoros si lo haces.

Pimienta dió una voltereta incongruente y cayó sentado entre los frascos de perfumes.

—Me contento con una moneda de oro, que me dará el tesorero, cada vez que alguien diga que la princesa es la más hermosa del

mundo y sus alrededores. Pero es necesario, señora, que me obedezcáis punto por punto. Cubrid el rostro y el cuerpo de la Princesa con siete velos maravillosos y no consintáis que nadie los levante con ningún pretexto.

—Así lo haré, ¡oh duende! —exclamó la Reina, cayendo de rodillas al lado de la cuna, en la que reía el pobre monstruo. El duende, después de una nueva reverencia, saltó al suelo y se dirigió a la puerta y la abrió; pero antes de marcharse dijo a Maravilla:

—Se me olvidaba. La princesa se llamará Esplendor del Mar.

III

Estrella de Rubí, la esclava favorita de la Reina, que había bajado al jardín a cortar un ramo de rosas púrpura para la mesa real, se quedó asombradísima al ver a un duende, que no era otro sino el descarado Pimienta, encaramado en uno de los tiestos en donde crecían las rosas reales, y más aún al oírle decir:

—¡La belleza de estas rosas, antes sólo superada por la de tus labios, desaparece ahora ante la de la princesa Esplendor del Mar, hija de la reina Maravilla!

La esclava hubiera querido saber más; pero el duende desapareció de un salto, después de decir:

—¡Sobre todo no se lo digas a nadie! La Reina, que es muy amiga mía, me ha recomendado el secreto. Nadie debe saber la belleza de la Princesa, porque es tan deslumbrante que los que la ven ciegan para siempre. Y la Reina es tan compasiva con su pueblo, que prefiere que no lo sepan, para evitar desgracias. Así que te ruego el secreto más absoluto.

Bien había calculado el maligno duende al contar en secreto a la esclava semejante patraña. Al cabo de media hora todo el mundo sabía, no sólo en palacio, sino en los arrabales y veinte leguas a la redonda, que la princesa Esplendor del Mar superaba en belleza al Sol y a las estrellas, y que su presencia cegaba al que se atrevía a afrontarla.

En todos los salones de la ciudad no se hablaba de otra cosa. Cada cual exageraba más que el otro, y había quien para dárseles de enterado y de estar bien en la corte, contaba que la cuna estaba aureolada de una luz sobrenatural, y quien decía que, a través de las paredes de mármol, se veía el brillo singular de los ojos de la Princesa.

Claro está que no faltó quien, por espíritu de envidia, aseguraba lo contrario. Que la Princesa era más fea que un cocodrilo y que tenía dos patas de cabra y era peluda como un mico. Pero a los que dijeron eso no les fue bien, ni mucho menos. El duende se encargó de velar por la fama de la Princesa, fama que ya empezaba a producirle no pocas monedas de oro; así, a la baronesa de la Torre-húmeda la estiró las narices, durante su sueño, lo menos tres palmos; a la duquesa Rodegunda de Salmigondis le cambió la dentadura postiza por otra de cocodrilo, y a la mujer del general Espantamoscas la tuvo cuatro días encerrada en la despensa en compañía de cuatro micos feísimos y desvengonzados, con lo cual se olvidaron de hablar de las desgracias de la Princesa para remediar las suyas propias.

Y Esplendor del Mar, envuelta en sus siete velos maravillosos, fue considerada por todo el mundo como un portento de belleza.

(Terminará en el número próximo.)



SOCIEDAD ESPAÑOLA DE PAPELERIA  
SAN SEBASTIAN  
MADRID | BILBAO  
BARCELONA | OVIEDO  
VALENCIA | VIGO  
SANTANDER

Venta de los acreditados Cuentos de Calleja en colores, Aventuras de Pinocho, etc., etc.

SIEMPRE LAS ÚLTIMAS NOVEDADES





# EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE CABEZA DE PIEDRA

POR E. SALGAR

(Continuación.)

—¡Ah, guardáis perniles aquí!... —gritaron los marineros.  
—Y exquisitos.

—Traednos acá una caja. Ya que el secretario ha desaparecido, tengamos francachela —dijo el graduado—. El marqués nos aguardará. No hemos de ser siempre esclavos suyos.

—También tengo sachichones ahumados del propio Heidelberg, y cerveza.

—¡Nada de cerveza! —aullaron los marineros—. ¡Ginebra, ginebra!

—Como queráis —dijo el traficante—. Tengo una buena provisión, que contaba haber vendido a las tripulaciones inglesas.

—Pero nosotros no pagaremos ni un chelín —gritó el graduado—. Somos seis, mientras que vosotros no sois más que dos.

—Os lo regalo —dijo Riberac.

—Sois un verdadero padre.

—Jor, trae unas cajas y da de comer a esta gente.

—Un momento, señor —dijo el graduado—. ¿Y si el oso vuelve? El señor Oxford tenía pocas chichas, y un oso gris apenas habrá tenido con él para dar que hacer a un diente.

—Hemos tapado la mina con dos cubas grandes, y por allí ya no podrá entrar ningún animal. Son cubas llenas de harina, que pesan dos quintales cada una.

Iba Jor a acercar una caja de perniles, cuando hacia el pasadizo secreto se oyeron tambores batiendo furiosa carga.

—¡Los americanos! —gritó Riberac—. ¡Huid!... ¡Han tomado por la espalda el almacén!...

—¡Vámonos, vámonos! —mascullaron los marineros, que no tenían deseo alguno de combatir y que para nada se acordaban ya del secretario del marqués.

Saltaron por encima de la mesa y de los barriles y se dirigieron a la puerta, que estaba abierta, jurando y renegando.

Entre tanto, los tambores continuaban retumbando con ruido ensordecedor. Parecía conducir al ataque a un considerable destacamento de americanos. Riberac cerró la puerta, atrancándola, y dijo a Jor:

—Vamos a ver lo que hace Cabeza de Piedra.

—¡Cabeza de Piedra está aquí! —dijo el bretón, apareciendo de improviso y lanzando contra la pared el voluminoso tambor—. ¿Se han marchado ya?

—Todos —repuso Riberac.

—Ante todo he de daros las gracias por vuestra lealtad.

—No era necesario; ¿y el secretario del marqués?

—Me lo he llevado yo, después de ahogarlo, casi, para que no gritara. Puede sernos precioso teniéndolo en nuestro poder.

—¿Y la chalupa?

—Ahora pensaremos en ella. ¡Qué diablo, dejadme respirar un poco!

Viendo sobre una de las cajas un vaso de ginebra, lleno aún, lo vació de un trago.

—Apagad el fuego —dijo— y vámonos de aquí.

El redoble del tambor había cesado. Petifoque y los dos hessianos debían de haber salido del pasadizo secreto, llevando consigo al secretario.

—Vamos —insistió Cabeza de Piedra—. Aquí no tenemos ya nada que hacer.

Con dos cubos de agua extinguieron la hoguera, para impedir que una chispa prendiese la pared, y después, con las armas en la mano, atravesaron el almacén a grandes zancadas y se internaron en el pasadizo secreto.

—¡Petifoque! —gritó Cabeza de Piedra al salir.

—Te esperaba —repuso el joven marinero adelantándose.

—¿Y los dos hessianos?

—Llevan al secretario del marqués, más muerto que vivo.

—¿Estamos todos?

—Sí —dijo Riberac.

—Vamos ahora por la chalupa...

Acaso nos ganemos algunos cañonazos; pero es sabido que esas grandísimas bestias no dan fácilmente en el blanco. ¡Adelante...!

## CAPÍTULO VI

BALAS INCENDIARIAS

Apenas había pronunciado Cabeza de Piedra su voz de mando, cuando vio aparecer a los dos hessianos en desenfadada carrera, conduciendo casi a la rastra al degradado secretario, bien sujeto por las muñecas.

—¡Padre —dijo Wolf—, los ingleses! ¡Nadie se mueva o nos haremos matar todos!

—¿Ha atracado otra chalupa? —preguntó el bretón con un gesto de ira.

—Y tripulada por dos docenas de marineros, lo menos, con maestros y oficiales.

—¿Han desembarcado ya?

—Sí; están atravesando el bosque, al parecer, en dirección del almacén.

—¡Por todos los campanarios de Bretaña...! Hemos llegado demasiado

tarde. ¿Y dónde refugiarse ahora?

—En el pino carcomido —dijo Jor—. A nadie se le ocurrirá irnos a buscar allá dentro.

—Pero no podremos apoderarnos de la chalupa...

—Volveremos más tarde por ella —dijo Petifoque—. No es ocasión ahora de enseñar los dientes a los ingleses. Además hay que contar con los otros seis que vinieron antes, más o menos ebrios, pero armados también.

Cabeza de Piedra se arrancó algunos pelos de su encrepada barba.

—No nos dejemos sorprender —dijo Riberac—. Sería insensato hacer frente a más de treinta hombres.

—Tenéis razón. La partida no es nuestra por ahora. Petifoque, coge los cuatro tambores.



Gran Variedad en  
**JUGUETES**

GRAN VÍA 18

EXTENSO SURTIDO EN COCHES DE NIÑO

Ayuntamiento de Madrid



—¿Nos han de servir todavía? —preguntó el joven marinero.

—Ya veréis; la carga siempre hace su efecto sobre los ingleses.

—Volvieron a entrar en el pasadizo secreto, y con los cuatro tambores se internaron en el bosque para ocultarse en el gigantesco pino.

A lo lejos se oían las voces de los marineros del bergantín, llamando a voces al secretario del marqués y a los seis compañeros que le acompañaban; éstos últimos, en cambio, no daban señales de vida.

Probablemente, bajo los efectos de la ginebra, habrían caído cerca de algún matorral y roncaban tranquilamente sin acordarse para nada de que debían volver al bergantín para advertir al marqués de la desgracia ocurrida a su secretario.

Jor se había puesto a la cabeza del grupo de fugitivos, pues era el único que conocía la situación exacta de la caverna leñosa; los dos bretones hubieran sido incapaces de llegar a ella por no conocer el lugar ni haber tenido la precaución de marcar los árboles la vispera, a fin de orientarse más tarde.

Atravesaron algunos matorrales espesísimos, formados en su mayor parte de abedules, cuya corteza sirve a los indios para fabricarse barcas muy esbeltas que resisten hasta las corrientes rápidas, y, finalmente, se hallaron ante el refugio, capaz, como sabemos, de albergar veinte personas en caso preciso.

—Por el momento estamos a cubierto —dijo Cabeza de Piedra—. Pero hemos hecho una ligereza. Vos, señor Riberac, no habéis pensado en los víveres.

—No he tenido tiempo de ocuparme de ello —contestó el tratante—. Bastante me daban que hacer aquellos seis borrachos, que amenazaban saquear todo mi almacén.

—Yo esperaba que este asunto se presentara mejor —dijo el bretón—. Y nos hemos quedado sin chalupa y sin víveres. ¡Eh, Petifoque, el Canadá no es país muy generoso para nosotros!

—Lo mismo creo —repuso el joven marinero—. Pero los bretones son bretones siempre, testarudos, y acaban siempre por salirse con la suya.

—Sí; cuando no les parten el alma a hachazos o los fusilan a quemarropa. ¡Jor!

—¡Maestre! —respondió al punto el marinero.

—¿Podrán descubrir nuestras huellas los ingleses? Aunque de todos modos, siempre tenemos con nosotros al secretario del marqués, que nos servirá para que vayan con tiento esos señores.

—También yo pensaba en ello. Voy a borrarlas —propuso Jor—; pues de otro modo, como la tierra está húmeda aún, les será fácil dar con ellas.

—¿No te descubrirán?

—No temáis; conozco muy bien la floresta, y si quieren darme caza los haré correr hasta perder el resuello completamente. Sobre las entenas valen algo; pero por tierra no son gran cosa.

—Mira que te esperamos, y no muy tranquilos, por cierto. Nos amenaza otro huracán, si bien éste se desencadenará a tiros.

—Dejadme a mí, maestre. Dentro de media hora, o quizá antes, estaré de vuelta —respondió el compañero de Davis, tomando su fusil y desapareciendo en seguida tras la arboleada.

—No borra las huellas —dijo Petifoque, inquieto.

—Lo hará al regreso —repuso Cabeza de Piedra—. ¿Y ahora, señor Oxford, podréis satisfacer nuestra curiosidad?

El secretario del marqués, sentado en un montón de serrín desprendido por la carcoma, bajo la vigilancia celosa de los dos hessianos, lanzó a su interlocutor una mirada feroz.

—Es inútil que atraveséis los ojos de ese modo, querido señor mío —dijo Cabeza de Piedra—. Los corsarios no se asustan por tan poca cosa.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó el secretario con desfallecida voz.

—Ante todo que nos digáis cuántos hombres montan el bergantín.

—No los he contado.

—¿Teníais, quizás, los ojos malos?

—Mucho.

—¿Entonces se os curaron de repente cuando el marqués os mandó en seguimiento mío?

—Ciertísimo. Al desembarcar os he visto muy bien. Sin duda son los efectos benéficos de aire resinoso de estos bosques.

—Este aire, querido, cura los pulmones, pero no los ojos. Os equivocáis si creéis que estáis hablando con un necio.

—Me alegro infinito.

—¿Por qué me tiene tanta ojeriza el marqués?

—Sé que tiene un grandísimo deseo de echaros mano a vos y a Petifoque. Parece ser que tiene algunas cuentas añejas que ajustar con ambos. No debéis ignorarlo.

—Verdaderamente, le hemos hecho algunas trastadas, pero es que estábamos en plena guerra y no teníamos el raro capricho de bailar por vez postrera colgados de alguna entena de su navío. Vos hubierais obrado como nosotros.

El secretario contestó encogiéndose de hombros.

—¿Es cierto que el marqués está enterado de que el general Washington y el barón sir Mac-Lellan me han confiado dos cartas para los comandantes del fuerte de Ticonderoga?

—No sé nada de eso.

—¡Mentís! —dijo Riberac—. Me lo habéis dicho así hace algunas horas, en el fortín.

—No habréis entendido bien —respondió el secretario.

Y mirándolo de hito en hito:

—Nos habéis traicionado, ¿no es verdad? ¡Y mi señor, que tanta confianza tenía en vos...!

—Soy canadiense, que es tanto como decir francés, y no inglés. Actualmente me declaro por la libertad americana.

—¿Vuestro compañero Jor piensa lo mismo?

—También él es canadiense.

—Bien habéis engañado a mi señor. No faltará alguna cuerda para vosotros tampoco, estad seguros de ello.

—Bien gordas, como los cables del ancla de salvación —indicó Cabeza de Piedra con ironía—. ¿Y no pensáis, señor mío, en que más fácil es que os ahorquemos a vos? Hay miles y miles de árboles en este bosque, bastante resistentes para no venir abajo por el peso de vuestro liviano cuerpo. Por otra parte, a ningún marinero le falta nunca un trozo de calabrote.

—¿Y seríais capaces? —preguntó el secretario palideciendo.

—Señor mío, nos atreveremos a todo con tal de que el marqués nos deje el paso libre para llegar al fuerte.

—¿Va a ceder ante seis hombres?

—Ya lo veremos. Yo confío en que hará lo que pueda por salvarlos la piel.

—¿Así, pues, me ahorcaríais?

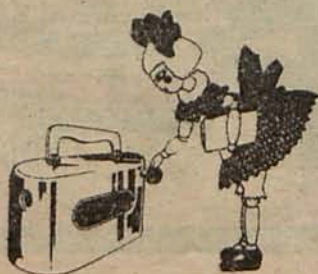
—Hay tiempo aún, señor —dijo Cabeza de Piedra—. Nosotros nunca tenemos prisa.

En aquel momento retumbaron algunos cañonazos del lado del bergantín, seguidos por una descarga de fusilería, procedente, a no dudar, del segundo destacamento de marineros desembarcados.

—El marqués, que se interesa por vos, y pide noticias vuestras. Debe de estar inquieto —dijo Cabeza de Piedra.

Iba a responder el secretario, cuando Petifoque se lanzó hacia la entrada de la caverna, gritando:

(Continuará en el número próximo.)



## BANCO ESPAÑOL DE CRÉDITO

CAPITAL PTAS. 50.000.000 RESERVAS PTAS 20.757.452  
DOMICILIO SOCIAL CALLE DE ALCALA 14 MADRID  
CAJA DE AHORROS

SE ADMITEN IMPOSICIONES HASTA UN LIMITE DE 10.000 PESETAS ABONANDOSE EN LA ACTUALIDAD INTERESES A 4 POR 100 ANUAL

TODO TITULAR DE UNA CARTILLA CON SALDO MÍNIMO DE 25 PESETAS TENDRÁ DERECHO AL DISFRUTE GRATUITO DE UNA HUCHA DE AHORRO, QUE DEBERÁ DEVOLVER AL LIQUIDAR LA CUENTA O AL REDUCIR EL SALDO A MENOS DE LAS REFERIDAS 25 PESETAS

Ayuntamiento de Madrid





# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





# ALELUYAS DE LA VIDA EN JAUA SEGUNDA PARTE



1 Los niños recién nacidos  
Todos vienen ya vestidos



2 Apenas echan a andar  
Todos saben ya sumar



3 En la escuela el primer día  
Aprenden la Geografía



4 Salen los peces del mar  
Para dejarse pescar



5 Las sortijas y pulseras  
Se encuentran por las aceras



6 Tienen juguetes "Pinochos"  
Mermeladas y bizcochos



7 Y llevan el perro atado  
Con exquisito embuchado



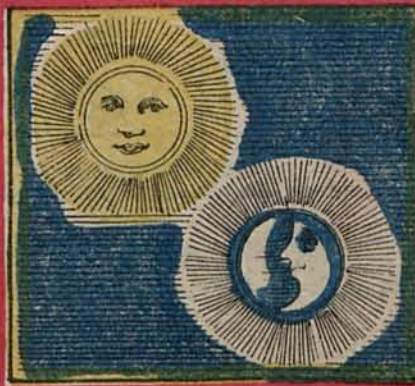
8 Los árboles dan melones  
En todas las estaciones.



9 Con delicioso champagne  
Allí los baños se dan.



10 Van en globo de visitas,  
Señores y señoritas



11 Y para mayor fortuna  
Siempre tienen Sol y Luna



12 Si quieres llegar a viejo  
Iré a Jauja, te aconsejo.



## ¿POR QUÉ LA LLAMA SE DIRIGE SIEMPRE HACIA ARRIBA?

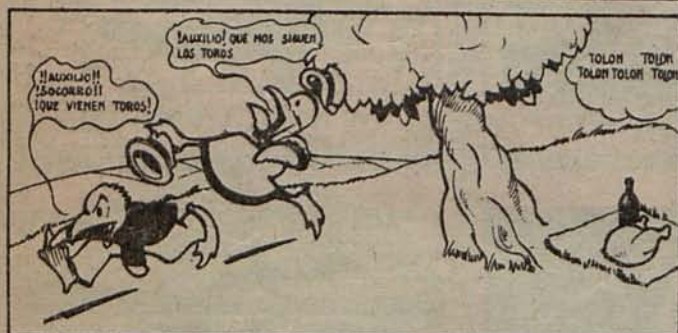
tabece una corriente, una corriente continua que empuja hacia arriba, inevitablemente, todos los gases de elevada temperatura. Es el mismo caso de nuestro aliento. Este sube, se dirige al techo si estamos en una habitación, o se eleva en el aire si estamos en la calle. Ya ves, nada de esto lo ignora don Periquito. Tan enterado está, que duerme en una habitación espaciosa, de techo alto, para de esa forma no respirar el aliento, que es el aire viciado, expulsado de los pulmones. Así, el aliento, de más elevada temperatura que el aire, subirá al techo de la sala de don Periquito y no comprometerá la salud de éste. ¿Pero cómo don Periquito, hombre tan sabio, se dejó quemar la nariz? Quizás esperaría que una corriente de aire desviara la llama. Sí, quizás esperaba eso. Sólo una corriente de aire puede oponerse a la tendencia terca, constante, de una llama.

A cartoon illustration of a man with a large nose and a wide smile, running across a field. He is wearing a dark shirt and light-colored pants. A speech bubble above him contains the text: "!!! VAYA UNA TARDE MAS BUENA QUE VAMOS A PASAR!!!  
!! LASTIMA QUE NO TENGAMOS MERENDA!!". In the background, there is a simple landscape with a fence, a small house, and a tree.

!!! WAYA UNA TARDE MAS BUENA  
QUE VIMOS A PASAR !!!  
! LASTIMA QUE NO TENGAMOS MERIENDA !



!!!VIVA UNA TARDE MAS BUENA  
QUE VAMOS A PASAR!!!  
!CON LA MERIENDA QUE LLEVAMOS.....!



¡AUXILIO! QUE NOS SIGUEN  
LOS TOROS

TOLOH TOLOH



ROQUESO !! MIRA, ALGUIEN  
HA PERDIDO UM CENCERRO

!RECÓGELO, QUE PARA ALGO NOS SERVIRÁ!



!AGITA EL CENCERRO!  
ME PARECE QUE HOY  
"MEZCLAMOS!"



¿NO TE DECÍA QUE  
MERENDABAMOS?

SI PERDIO ME HANLES  
!ESTOY MUY OCUPADO!



Gran surtido en CUENTOS  
y libros para niños y toda  
clase de lecturas morales

Ayuntamiento de Madrid



# HISTORIAS DE ANIMALES

## FLAMENCO

Sobre dos patas de juncos y con el cuello hecho una ese mayúscula, Currito, el flamenco, se paseaba por las orillas del estanque.

—Yo debía haber nacido en Córdoba, se decía. Porque, ¡cuidado que soy flamenco!

Se ponía su sombrero ancho y abandonaba a sus compañeros de la Casa de Fieras para estarse toda la tarde de paseo.

—¿Dónde has estado hoy, Currito?

—Hoy he estado en los toros.

Efectivamente, Currito se había ido a la jaula de los toros y se había pasado la tarde viéndolos. Claro es que no había toreros, pero había toros, que es lo más importante.

—¿Y esta tarde, dónde has estado?, le preguntaban.

—Hoy, oyendo cante *jondo* a un loro.

Así pasaba su vida, sin hacer nada, con gran disgusto de sus papás, que hubieran querido hacer de él un flamenco decente.

Pero Currito cada vez se recogía más tarde y se estaba metido en juerga, emborrachándose y hecho una mala ave.

—Acabarás mal, Currito. Los que son como tú, acaban mal.

Una noche, fué Currito al «Jaula Bar», que es el sitio

más frecuentado de la Casa de Fieras. Allí se emborrachó como era su mala costumbre.

También había ido allí un pato de muy buena familia, pero también camorrista y mal educado.

Se tomaron unas cañas de bambú, y al pato se le subieron a la cabeza.

—¡Yo soy más flamenco que tú! —dijo el pato borracho.

—¡Aquí no hay más flamenco que yo!

Volaron las copas; huyeron los cisnes, las gallinas y los pelícanos que estaban bailando en el bar y se quedaron Currito y el pato frente a frente.

—Te voy a quitar un ala.

—Eso lo dices de pico, nada más.

Total, que se enzarzaron. Currito, que era más alto, por su especie, le dió un picotazo al pato, que le arrancó sesenta plumas.

Pero el pato, que era muy bajito, no tuvo más que acercar su pico a una pata del flamenco. La pata hizo ¡crac!

Y hoy Currito no bebe más que agua y pide limosna sobre la pata que le dejaron. ¡Menos mal que ya estaba acostumbrado a sostenerse en una pata, como es costumbre entre los de su especie! Pero, de todos modos, la broma tuvo mala pata.



## ¡FUEGO!

Hubo fuego en la Casa de Fieras. ¡Menudo lío se armó! Ya supondréis lo que es un incendio con tanto bicho. No podían entrar los bomberos, porque ¡cualquiera entraba en la jaula del león con una manga de riego!

Las gallinas y los pollos se vieron ya asados, con plumas y todo.

Los monos corrían por las jaulas, subiéndose a todos los barrotes.

¡Con el miedo que los animales tienen al fuego!

Los rugidos, chillidos, aullidos y cacareos lo llenaban todo.

El mayor peligro era que el fuego pasase al pabellón de fieras y prendiese a los tigres de Bengala. Entonces el incendio tomaría mayor incremento y no quedarían ni los rabos, como suele decirse.

Por fortuna, los elefantes, con sus trompas llenas de agua, consiguieron apagar el fuego y la cosa no llegó a mayores.

De todos modos, un papagayo

estuvo a punto de perecer, y perdió unas cuantas plumas. ¡Había que oírsele contar!

Costó mucho trabajo restablecer el orden y calmar los ánimos. Todos querían salir y echarse al estanque, donde los cisnes estaban tan tranquilos e indiferentes a todo, sin más interrogaciones que las de sus cuellos blancos.

El director estaba muy preocupado. ¿Cuál habría podido ser la causa del incendio?

Los animales no fuman, de modo que había que descontar la posibilidad de una colilla, que es la causa de los grandes incendios. Tampoco usan luz por las noches, ni velas, ni electricidad. El fuego de los ojos del

Tigre no podía ser tampoco la causa del incendio.

En la Casa de Fieras no hay cocina, porque los animales comen fiambre. ¡Ah! El director se dió una palmada en la frente. ¡Ya estaba! La que había prendido fuego había sido la Llama, que ocupaba uno de los departamentos. Desde aquel día se le hizo una habitación aislada y asegurada de incendios.



**Muñecas Pagés**  
**Trajes par Niños**  
**PERRITO XAUDARÓ**  
Peligros 6 Y 8 (entresuelo) Madrid

Ayuntamiento de Madrid





# SECCIÓN PIRULA

## PIRULA, PINTORA

Sé de una mamá que tiene el buen gusto de adorar las flores y de tener siempre la casa llena de ellas.

En el cuarto de estudio y juegos de su Lolín y su Pedrito, siempre hay un hermoso ramo de mimosas u otra flor de adorno, inodora, que les alegra la vista sin riesgo de producirles dolor de cabeza.

Pero, ¿y el florero? Figuraos que esos diablillos llevan ya rotos cuatro, todos lindísimos y de bastante precio; y mamá, desesperada, rechaza con horror la idea de desvirtuar con un cacharro ordinario y feo el conjunto del precioso cuarto amuebla-



do según las indicaciones de Pirula. El remedio es sencillo: el cacharro puede ser baratísimo y, sin embargo, de lo más artístico del mundo.

Basta para ello con coger un puchero, un simple puchero de barro sin asas, pintarlo en colores fuertes, según lo indica el grabado adjunto, y darle después una mano de barniz cristal.

Y si una nueva travesura de Lolín y Pedrito lo rompen, esto no será una tragedia, sino casi, casi, una alegría. La alegría de divertirse haciendo otro igual.

“ “ “

## PIRULA, BORDADORA

Espero que no estaréis incomodadas conmigo, queridas y numerosas lectorcitas, que con tanta insistencia y tan repetidas veces me habéis pedido que os dé dibujos para pañitos y tapetes de mesa.

Si he tardado algo en atenderos —sin olvidaros ni un momento, ¿eh?— ha sido por mi afán de buscar algo verdaderamente sensacional, algo que, siendo fácil y divertido de hacer, se saliese, sin embargo, de todo lo corriente. Modestia aparte, creo haberlo conseguido. Espero con impaciencia una cartita de cada una de vosotras en donde digáis que queda perdonada la tardanza en gracia al resultado.

El primer tapete es de tela de hilo —para mayor economía puede hacerse en tursor de algodón; la bayeta también es de un efecto precioso— en color fuerte, que yo aconsejaría fuese azul añil, o verde almendra, o amarillo limón.



La cenefa es de tela recortada y pegada con un pespunte negro.

En cuanto al elemento decorativo del centro, consiste en un trozo de tela negra que figura el plato y se ribetea de encarnado o se pega con un ancho festón de este color. Las hojas y las flo-

recillas van bordadas a «punto de lagartera», en verde y amarillo, respectivamente.

La gracia principal reside en las frutas, que son de tela recortada y pegada por los bordes en hueco, rellenándolas con algodón en rama.

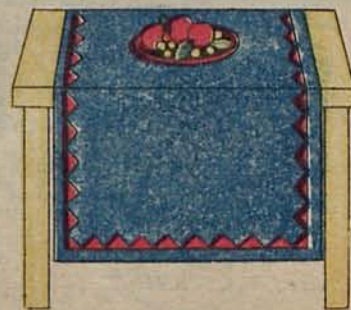
De este modo las frutas quedan *en relieve* y adquieren un aspecto tan apetitoso que dan ganas de hincarles el diente y constituyen el centro de mesa más original, más gracioso... y más irrompible del mundo.

“ “ “

El segundo tapete conviene hacerlo, desde luego, en bayeta, pues este tejido se usa mucho ahora para este género de labores modernísimas.

Advertid que la holandesa y su molino, que van pegados en el centro, están formados con trozos geométricos (un círculo grande para la falda, dos pequeños semicírculos para los pies, dos ángulos para los brazos, etc., etc.), lo cual lo hace todo facilísimo de recortar y pegar.

En cuanto a los picos del tapete, los constituyen tiras de bayeta de distintos colores, todos chillones, unidas unas a otras por un simple pespunte a máquina que se oculta luego con un punto de cadeneta o de cordón, hecho con grueso algodón perlé, que viene a ser un adorno más en este conjunto de un efecto sorprendente.







# EL TEATRO DE PINOCHO

## EL PRÍNCIPE NO QUIERE SER NIÑO

COMEDIA REPRESENTABLE

(Continuación.)

REY. Sí; pero me hace daño de este otro lado. Como discurro tanto, tengo la cabeza muy delicada.

SOMBR. ¿Quiere Vuestra Majestad que le haga un sombrero con masa de barquillos?

CHONÓN. Alegrándose y guiñando un ojo. ¡Eso, eso! ¡Muy bonita ideal!

REY. ¡No, no! Con este hijo mío, tan goloso, siempre estarían los percheros vacíos y el suelo lleno de miguitas.

SOMBR. Probemos otro, entonces. Y coge un cucurucho que le da el criadito.

REY. Me hace daño...

SOMBR. ¿Y éste?

REY. También.

SOMBR. ¿Y éste?

REY. También.

Cuando está terminando de probarse, muy deprisa, muy deprisa, los quince o veinte gorros, llama con los nudillos Kiriki.

REY. Adelante, Kiriki.

KIRIKI. Señor, el señor Ministro de Animales Domésticos ha llegado a Palacio.

REY. Encarándose con el sombrerero. ¡Imbécil! ¡Pelmazo! Ya está llegando la gente para el festival y no me has sabido hacer un cucurucho a la medida...

SOMBR. Azorado y reverente hasta la exageración. ¡Señor...!

REY. Dando puntapiés a todos los cucuruchos, menos al suyo, tarea en la que el Príncipe le ayuda. Te prohíbo que te anuncies como proveedor de la Real Cabezota... Los criaditos salen corriendo.

SOMBR. Humillado y recogiendo los papeles de sus cucuruchos. ¡Señor...!

El sombrerero se marcha lloriqueando. Los guardias de la puerta le empujan y se le siente caer. En ese momento va a entrar el Ministro, tropieza y sale a escena éste con dos cucuruchos en los pies y el suyo en la cabeza. Chonón ríe a carcajadas.

MINISTRO 1.º ¡Señor! He tropezado con ese hombre y la casualidad me ha puesto en los pies lo que Vuestra Majestad ha ceñido a su frente.

REY. ¡Quitádselo en seguida! No se diga que lo que sale de mi despejada cabeza cualquier Ministro lo saca de los pies. Los guardias de la puerta descalzan de los papeles al Ministro. Chonón sigue riendo.

MIN. 1.º Señor, no he tenido tiempo de hablar con los demás Ministros y no sé qué significa la fiesta de hoy.

CHONÓN. Parando de reír. ¡Toma! Pues que ya soy formal.

MIN. 1.º Extrañado. ¿Cómo?

CHONÓN. ¿Otra vez? ¡Que digo que ya soy muy formalito! ¿Lo oyes ahora, bobo? Le da un papirotazo en las narices.

MIN. 1.º Oigo, sí; pero no veo...

CHONÓN. El qué no ves, ¿mi formalidad? Esa la guardo para la fiesta.

MIN. 1.º ¿Y qué fiesta es?

REY. Amigo mío: es que el otro día jugaba el Príncipe Chonón con un peón...

Un guardia, al oír la aleluya, se ríe y se tapa la boca.

REY. Con ira. ¿De qué te ríes? ¿Te llama la atención que estuviera Chonón jugando al peón?

El otro guardia también esconde la risa.

REY. Levantándose airado y amenazando con el cetro.

¡¡Miserable!!

CHONÓN. Se ríe de la aleluya, admirable como tuya. Concédelos el perdón.

MIN. 1.º Y cuente lo del peón.

CHONÓN. ¡Pom! ¡Pom...!

REY. Saca una campanilla de debajo del manto, la agita y dice: ¡Silencio! ¡Basta de bromas...! Pues verás: estaba jugando el Príncipe cuando la punta fue y le tiró un pellizco.

MIN. 1.º Ese peón era republicano.

CHONÓN. Lo que era es un perro rabioso. ¡Vaya un mordisco!

REY. El niño tiró el peón y vino llorando a mis brazos, diciendo que él ya no quería juguetes desagradecidos; que quería ser hombre, que quería casarse.

MIN. 1.º ¡Hombre! ¡Qué mono!

CHONÓN. Y hoy es mi cumpleaños, y como soy Príncipe, hago lo que quiero.

MIN. 1.º ¡Qué mono!

CHONÓN. Y como hago lo que quiero, en vez de pasar de los trece a los catorce años, en vez de añadir un uno al tres, se lo añado al uno y paso de los trece a los veintitrés abríles.

MIN. 1.º ¡Muy mono, muy mono! Y la fiesta es por el cumpleaños, ¿verdad?

REY. Y por más cosas. Como quiere casarse, hemos hecho lo que en los cuentos: mandar pregones por los pueblos y por las naciones para que vengan las Princesas que quieran casarse con él.

MIN. 1.º ¡Magnífico! ¿Y vendrán muchas?

CHONÓN. ¡Anda! Yo calculo que unas 12.000. Las más guapas, y las más elegantes, y las más poderosas.

REY. Seguramente: Pues ya ves lo guapo que es el Príncipe.

MIN. 1.º ¡Muy mono, muy mono! Ya lo he dicho y lo sostengo.

CHONÓN. ¿Qué hora es?

(Continuará en el número próximo.)

Lee las nuevas y extraordinarias aventuras de Pinocchio.

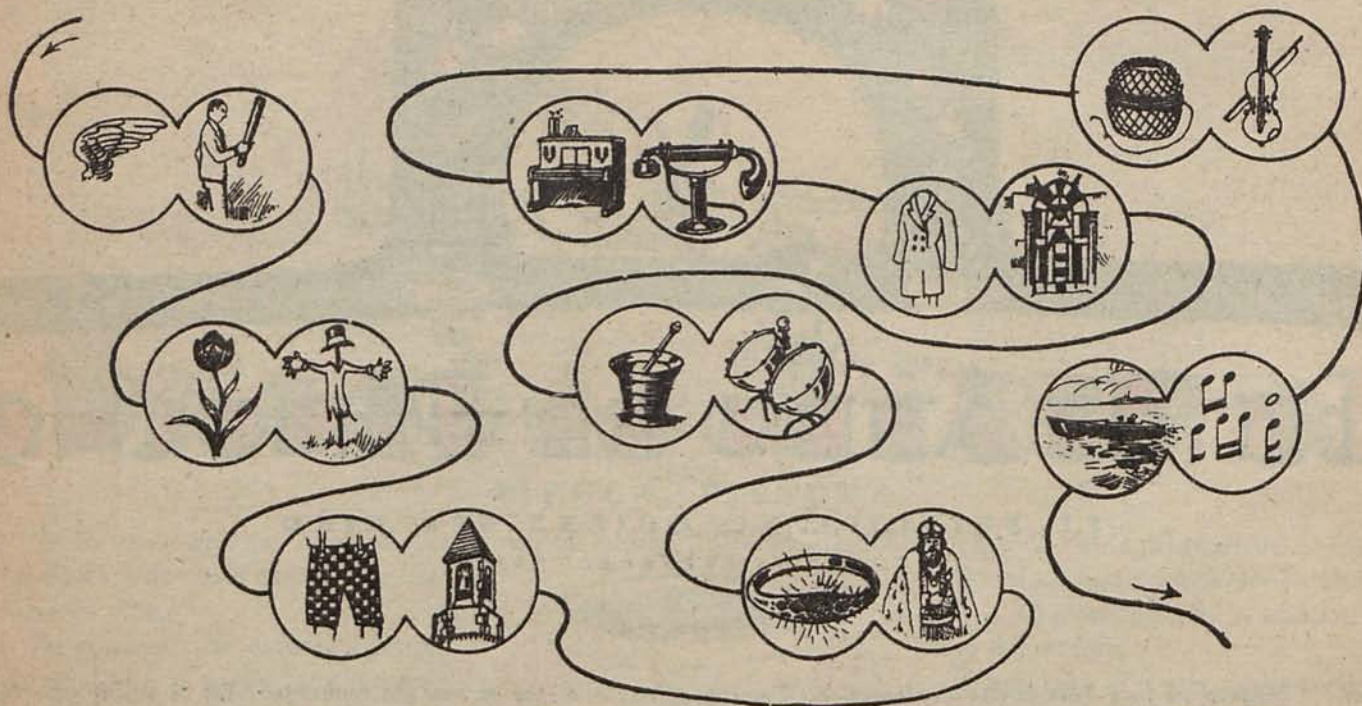
Ayuntamiento de Madrid





# CONCURSOS

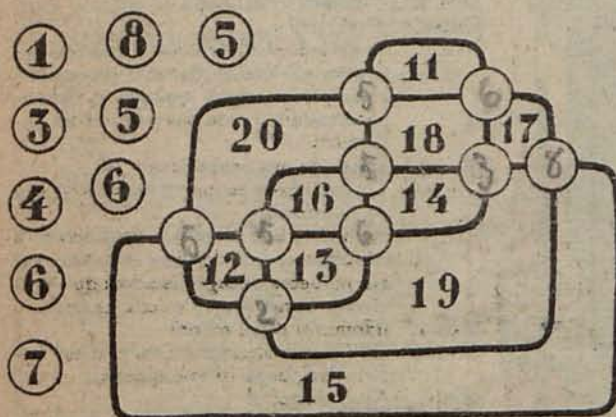
## REFRÁN



Nuestro dibujo se compone de varios grupos de dos círculos, unidos por una línea negra. Partiendo de la flecha que hay en la parte superior del dibujo, os dirigiréis al primer grupo de círculos. Cada uno de estos dos círculos encierra un objeto, que se expresará con un nombre. Tomad nota de éstos, escribiendo en un papel las sílabas comunes a ambas palabras. Continúa la línea negra hasta llegar al segundo grupo de círculos y efectúa con las palabras que indican cada uno de los objetos encerrados la

misma operación. Semejante entretenimiento lo seguiréis hasta el final del cuadro, siguiendo siempre la línea negra del camino. De esta forma, con las letras conservadas habrís reconstruido un refrán sencillo, muy español y conocido. No creemos que encontraréis dificultad en la manera de recoger las sílabas de las palabras de cada objeto. Así, en el grupo que representa una letrita y una vidriera, anotaráis la sílaba *vi*, común a los dos vocablos. Esto es muy sencillo, sencillísimo. Todos reconstruiréis el refrán.

## SUMA COMPLICADA



Aquí tenéis un bonito cuadro. Esas líneas negras forman diez espacios cuadrados, en cada uno de los cuales, como estáis viendo, hay un número. A la izquierda de esas líneas existen unas cuantas cifras, que habréis de utilizar para resolver el problema. Se trata, queridos concursantes, de tomar esas cifras y colocarlas, una por una, en las pequeñas circunferencias o lunares que os ofrece el dibujo. Sin embargo, habéis de hacer esto con mucho tacto, pues la suma de las cifras que colocáis en los lunares contiguos a un mismo espacio han de dar una cantidad igual al número que señala ese espacio. Así, el señalado con el número 16 deberá tener en las tres circunferencias que lo limitan números que, sumados, den 16. Y lo mismo en todos los demás departamentos del dibujo. Si conseguís colocar oportunamente los números que hay a la izquierda, demostraréis ser unos grandes matemáticos.

## NOMBRE DE RÍO



He aquí ocho bonitas cabezas. Corresponden a cuatro niños y a cuatro niñas que han perdido la memoria hasta el punto de que, si están juntos a ninguno de ellos recuerda el nombre de los demás, ni siquiera el suyo propio. Aunque estén plácidamente a solas desearán encontrarse a una persona inteligente que les dé, para siempre, un nuevo nombre que ellos procurarían no olvidar nunca. Pero estos ocho niños son muy caprichosos y desean una cosa difícilísima, aunque no imposible. Quieren lo siguiente: quieren que se pueda formar, con las iniciales de esos ocho nombres, el de un río español, bastante caudaloso. Confían en el talento de los lectores de PINOCHO damos estas ocho cabezas, seguros de que hallarán el nombre del río que se busca.

## A LOS CONCURSANTES

Antes de ayer quedó cerrado el plazo de admisión para las soluciones de nuestra primera serie de concursos. El éxito ha sido definitivo. Hemos recibido *siete mil trescientas veinticuatro* soluciones. El jurado encargado de adjudicar los premios ha empezado su tarea y estudia con toda esmerulosa los trabajos. Cuando esta tarea haya terminado publicaremos los nombres de los concursantes agraciados y pondremos a su disposición los premios.

El plazo de admisión para las soluciones de la segunda serie de concursos, comprendida en los números 5, 6, 7 y 8 del periódico, terminará el día 1 del próximo junio.

El plazo para la admisión de soluciones de la tercera serie de concursos, comprendida en los números 9, 10, 11 y 12 del periódico, terminará el día 1 del próximo mes de julio.

Tenemos la alegría de comprobar que la mayoría de los \*pinochistas\* son listísimos y envían soluciones ingeniosísimas y perfectas.

**Lista de premios de nuestra segunda serie de concursos correspondientes a los números 4.º, 5.º, 6.º y 7.º de PINOCHO**

- 1.º Un bono para adquirir juguetes u otros objetos, por valor de cien pesetas.
  - 2.º Un bono para adquirir juguetes u otros objetos, por valor de setenta y cinco pts.
  - 3.º Un bono para adquirir juguetes u otros objetos, por valor de cincuenta pesetas.
  - 4.º Un bono para adquirir juguetes u otros objetos, por valor de cuarenta pesetas.
  - 5.º Un bono para adquirir juguetes u otros objetos, por valor de treinta pesetas.
- Mil accésits consistentes en preciosos cuentos de Calleja.

En el próximo número daremos la lista de premios correspondientes a nuestra tercera serie de concursos.

Enviad las soluciones a PINOCHO, Apartado 447-Madrid, poniendo en el sobre «Para el Concurso».

### CUPÓN 11

◆ ◆ ◆ ◆ *Colaboración infantil*

¡Ah!, no olvidéis que con las soluciones de cada número debe acompañar el cupón que dice:

## "Concursos PINOCHO"

Ayuntamiento de Madrid

### CUPÓN 11

◆ ◆ ◆ Concursos PINOCHO



# COLABORACION INFANTIL



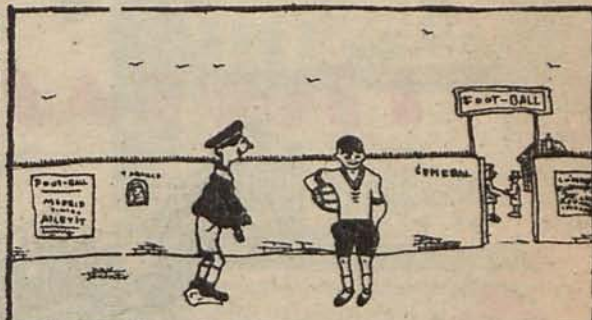
—¿Por qué robó usted la pistola?  
—Para suicidarme.  
—Y por qué la vendió luego?  
—Para comprar las balas.

JULIO JACINTO.  
Madrid.



—¿Qué nación es en la que  
todo les parece colmos?  
—No sé.  
—Suecia, por que hasta la  
capital es Esto-colmo.

CARMEN MUÑOZ.  
Trece años. Madrid.



—¿Qué equipo ganará el partido?  
—Toma, pues el Madrid.  
—Cómo se ve que eres un goloso que te gustan los  
merengues.

CÉSAR RIVAS.  
Diez años. Orense.

## EL TRISTE FIN DE ZAPIRÓN

Llevaban a Zapiirón los soldados del Rey codo con codo, como si fuese un vulgar criminal, siendo de la ilustre familia gatuna *Micifuf*, todo porque quiso probar qué tal guisaba el cocinero del Rey las sardinas, su plato predilecto. Un soldado del Rey le cogió y le echó a un lóbrego calabozo, donde quizás se moriría de hambre. Ya no vería más a papá ni a mamá ni a sus amiguitos. En estas reflexiones estaba cuando oyó que le llamaban por su nombre: «Zapiirón! Zapiirón!» Miró a su alrededor y vió, ¡oh sorpresa!, cinco ratitas, sus encarnizados enemigos. Quiso coger la que estaba más cerca, pero la cuerda que tenía atada a la patita se lo impidió, con gran regocijo de las ratitas, que empezaron a reirse y burlarse del infeliz Zapiirón. Este, como estaba atado, no las podía coger. Una de ellas, más atrevida, quiso acercarse un poco más y la desgraciada cayó en poder del terrible gato. Este, para vengarse del mal rato que le habían hecho pasar, quiso comérsela delante de las demás. Pero la madre acercóse a Zapiirón y le

dijo: «Si le perdonas la vida a mi hija, te roeremos la cuerda que tienes atada y te marcharás por el agujero que hemos hecho en la pared». «Trato hecho —repuso Zapiirón—. Te juro por mis bigotes que no haré nada malo». Y dicho esto, soltó a la ratita.

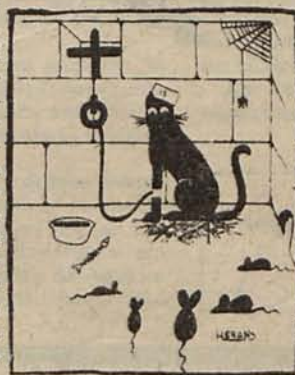
En seguida todas juntas se pusieron a roer la cuerda, que en pocos minutos quedó rota.

Zapiirón, al verse libre, se abalanzó sobre las infelices ratas y se las comió a todas. Pero al querer escaparse por el agujero de la pared, como tenía la tripa hinchada, no pudo salir.

Así vió castigada su maldad por haber hecho traición a su palabra.

Al cabo de cierto tiempo el carcelero entró para darle libertad, pues le habían perdonado, pero sólo halló el esqueleto del gato y el de la sardina.

JOSÉ HERÁNS.  
Quince años.—Madrid



## A NUESTROS COLABORADORES

Para colaborar en PINOCHO debéis hacer los dibujos con tinta china, *nunca con lápiz ni en colores*. Los cuentos no deben pasar de cuarenta líneas escritas en una cuartilla corriente. Mandad los trabajos firmados con vuestro nombre y apellido, indicando el lugar de vuestra residencia y edad y acompañados del cupón para «Colaboración infantil».

### ADVERTENCIA:

Son tantos los trabajos que recibimos, que no es posible publicarlos con la rapidez que deseáramos; pero todos irán publicándose por el orden que se vayan recibiendo. Por eso os recomendamos que tengáis un poco de paciencia.



En Reus.

—Escuche. ¿Aquel es el hotel de Londres?  
—Sí, señor.  
—Pues yo siempre creí que era el de Reus.

CONCHITA MAIMÓ.  
Once años. Reus.



—Oye, Pepín. ¿Cuál es el periódico mejor de la actualidad?

—Ese que van voceando.

LUIS ARIAS.  
Siete años. Oviedo.

### COLMOS

¿Cuál es el colmo de un herrador?

Poner una herradura a la pata de una silla.

ALEJANDRO BLOND.  
Nueve años. Madrid.

¿Y el de un chófer?

Frenar en seco un día lluvioso.

ANGEL DAÑOREITIA.  
Diez años. San Sebastián.

### CHISTE

El profesor.—Vamos a ver, Juanito. ¿Cómo era que en tiempos de Matusalén los hombres vivían tantos años?

—¡Porque no había automóviles!

CÉSAR A. LÓPEZ.  
Trece años. Betanzos.

Autopianos  
"MELODIA"  
"VIRTUOLA"  
REPRODUCTORES de los  
mas célebres pianistas  
del mundo



Pianos-Autopianos  
Harmoniums  
*Virtuola* S. L.  
Avenida Conde de Peñalver  
17 MADRID

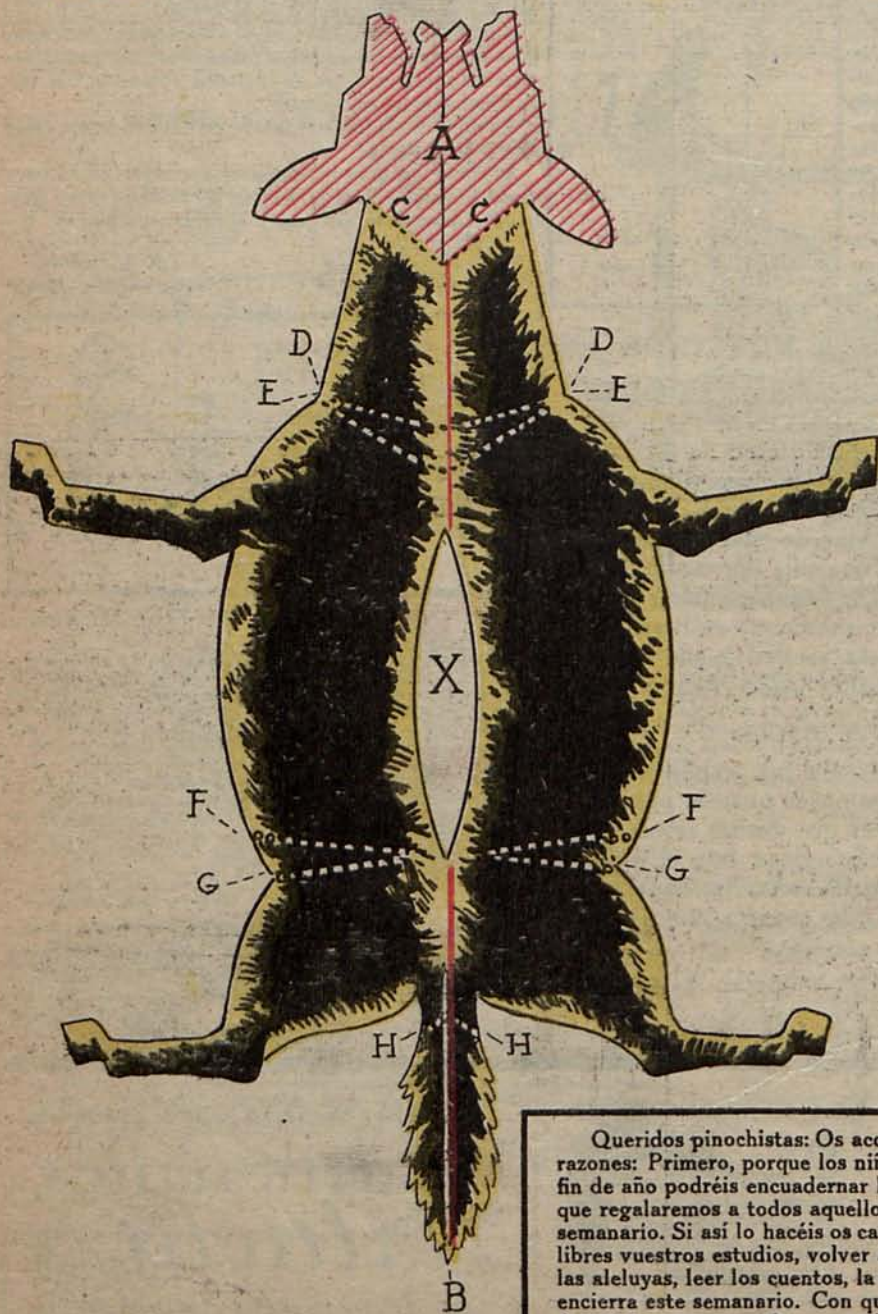
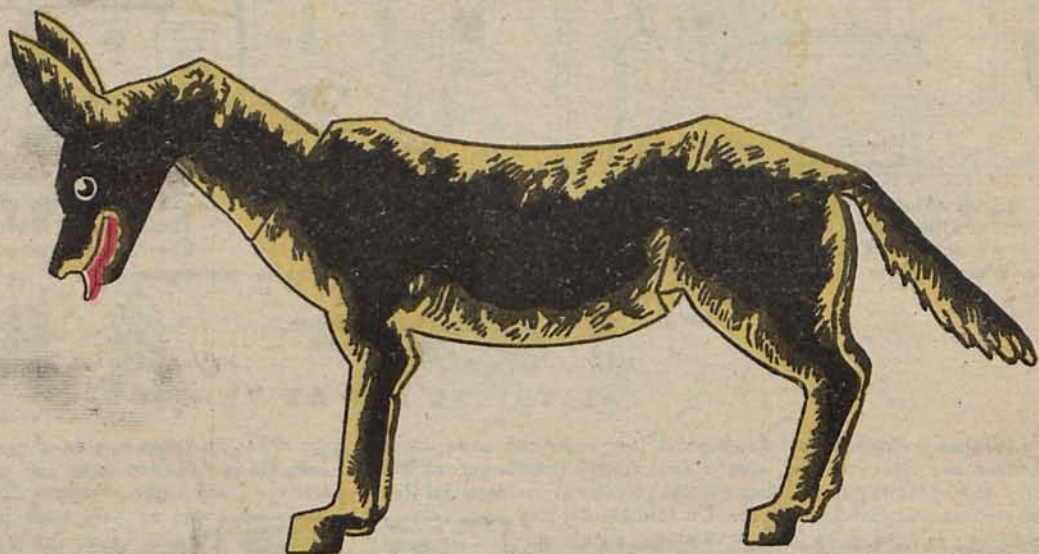
Ayuntamiento de Madrid



# SECCIÓN RECREATIVA



## FIGURAS RECORTABLES



### INSTRUCCIONES

**Caperucita.**—Recórtese por la línea exterior y dóblese por la línea de puntos, pegando un lado con otro, dejando sin pegar las piernas, para que, al separarlas, se tenga de pie.

**El lobo.**—Recórtese por la línea exterior y el hueco X. Dóblese por las líneas A, D y F hacia adentro, y por las líneas B, C, E, G y H hacia afuera. La parte rayada en rojo péguese un lado con otro.

### NOTA IMPORTANTE

Con un trozo de papel, recortado y doblado convenientemente, según los modelos e instrucciones que os damos aquí, podréis construirsos estos preciosos muñecos.

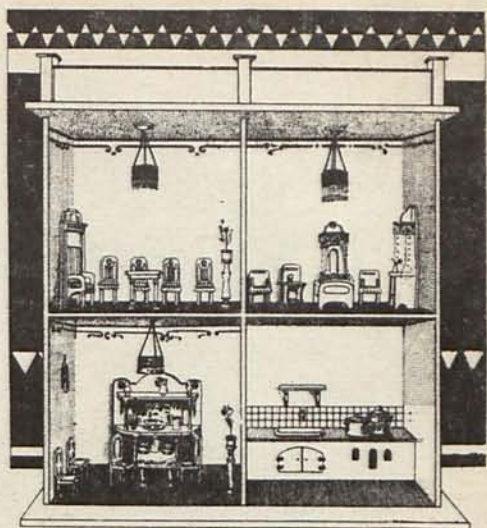
Estas figuras no las recortéis del periódico, pues lo estropearíais; calcadlas sobre un papel grueso o cartulina flexible, y así aunque os equivoquéis alguna vez podréis repetir hasta que acertéis a hacerlo bien. Una vez recortada y doblada la figura la pintáis como el modelo.

Queridos pinochistas: Os aconsejamos no estropear el periódico, por varias razones: Primero, porque los niños deben ser cuidadosos, y segundo, porque a fin de año podréis encuadernar la colección con unas **preciosas cubiertas** que regalaremos a todos aquellos que hayan conservado todos los números del semanario. Si así lo hacéis os causará enorme alegría en los ratos que os dejen libres vuestros estudios, volver a ver las aventuras de Currinchi y D. Turulato, las aléluyas, leer los cuentos, la novela, el teatro, y en fin, cuantas amenidades encierra este semanario. Con que ya sabéis: a ser cuidadosos para que tengáis derecho a unas **preciosas cubiertas**.





Seis preciosas  
muñecas.



Dos lindísimas casas de muñecas  
estupendamente amuebladas.

Dos elegantísimos tocadores de tul  
y encajes, con su lámpara eléctrica.

## Y DOCE COLECCIONES COMPLETAS DE LAS AVENTURAS DE PINOCHO Y CHAPETE, COMPUESTAS DE TREINTA Y TRES TOMOS CADA UNA

### ¿QUÉ HACE FALTA PARA TENER OPCIÓN A TODOS ESTOS REGALOS?

Para tener derecho a recibir un boletín con cincuenta números para el sorteo de estos juguetes es preciso suscribirse a PINOCHO por un año antes, del día 31 de mayo.

Y todos los suscritores de PINOCHO por un año recibirán un boletín con cincuenta números para el sorteo. Los que se hayan suscritos por un semestre pueden ampliar su orden a un año, con lo cual tendrán derecho también a un boletín con cincuenta números para el sorteo de los regalos.

Los amigos de Pinocho que residan en Madrid y deseen suscribirse, deberán mandar una nota escrita con claridad, en la que indiquen nombre y apellido, señas y tiempo de la suscripción (un año o un semestre). El administrador pasará un recibo a domicilio al entregar el primer número. Los suscritores de provincias y de América deberán mandar el importe anticipado en giro postal, cheque, etc.

Los suscritores por un año tendrán derecho a recibir gratis tres tomos, a su elección, de los Cuentos de Calleja en colores, serie Pinocho-Chapete. Próximamente publicaremos la lista completa de los títulos de esta Colección.

La fecha y los detalles del sorteo se anunciarán oportunamente.

Cupón para el sorteo  
de regalos.

Cupón para  
cuentos.

## CORRESPONDENCIA

En esta sección contestaremos a cuantos nos consulten por escrito. Pero tengan en cuenta los que nos escriban que la contestación a sus cartas tardará en publicarse aproximadamente un mes, por necesidades impuestas por la confección del periódico. Eso sí, *contestaremos a todo el mundo*.

**Carlos García Díez. (Madrid).**—Publicaremos uno de tus bonitos dibujos. Están bien, están hechos con verdadero arte. Un niño como tú, tan acertado con la pluma, debe colaborar en nuestra revista.

**María Luisa Montagud. (Getafe-Madrid).**—Publicaremos tus trabajos, en la seguridad de que agradarán a todos los lectores de PINOCHO.

**Félix Moliner.**—Tu página interesante, en la cual se han dado la mano —desde lejos, claro— Pinocho, Pirula, el gran Chapete, Currinche y D. Turulato, nos agrada bastante. Quedan todos estos señores que componen tu dibujo formando cola, esperando la buena hora en que han de salir a la publicidad.

**Emiliano Alonso Moreno. (Albacete).**—Tu cuento está bien, pero deseamos que nos mandes otro. Creemos que acertarás en una nueva ocasión. Todos esperamos tus trabajos, en la seguridad de que, con tu gran talento, harás cosas admirables, que gusten a tus amigos Pinocho y Pirula, a nosotros y al público.

**J. Fernández Valenzuela. (Granada).**—Mi querido amigo: Quiero resolver tus dudas y me dispongo, apenas leída tu carta, a contestarte. Y como lo hago en público, deseo que todos los demás lectores de PINOCHO, que pasen sus ojos por estas líneas, tomen nota de lo que voy a decirte sobre la manera de adquirir los números para el sorteo de regalos. Comienzo: Aquel que se suscriba por un año conseguirá inmediatamente, de una vez, los cincuenta cupones imprescindibles. El que no sea suscriptor anual, logrará adquirir los cincuenta números, reuniéndolos con varios amigos, lectores de PINOCHO, para coleccionar con ellos los cupones de la revista, hasta llegar a los cincuenta que se exigen. Al recibir ese grupo de amigos los cincuenta números del sorteo, habrán de repartirse estos equitativamente, tomando cada uno de los lectores tantos números como cupones entregaron. Es decir, el que aportó seis cupones, conseguirá seis números; quien aportó catorce cupones, catorce números, etc., etc. Sin embargo, el lector de PINOCHO que no quiera repartir sus números y desee adquirirlos por sí mismo, pero sin suscribirse por un año, puede también lograrlos reuniendo cincuenta números de PINOCHO, los cuales, como comprenderán, no se precisa que sean distintos.

Hay, pues, tres maneras de conseguir los cincuenta cupones: suscribiéndose por un año, agrupándose varios amigos para reunir en común el número cincuenta que se exige, o, bien, en último caso, adquiriendo el lector de PINOCHO tantos números como sean necesarios para tener completa la colección de cupones.

Con tu clarísima inteligencia, amigo J., creo habrás comprendido lo expuesto. Satisfecho de haber despejado tus dudas y las de muchos lectores de PINOCHO, se despide cariñosamente tu mejor amigo.

**José C. del Castillo. Mataró (Barcelona).**—Admiramos tu ingenio para construir pasatiempos; pero habrás de aguardar a que inauguramos la sección correspondiente. Llegada esa hora, no olvides remitirnos trabajos.

**Francisco Elorz. (Santander).**—Igual te digo, Paquito.

**Angel Alvarez. (Madrid).**—Por tus chistes advierto que eres un niño con no poca gracia. Sin embargo, esperamos nuevos trabajos tuyos para que sean publicados, con arreglo a tus deseos, en PINOCHO, siempre que se hallen a la altura de tu talento.

**Juanito Alcázar Rodríguez. (Sevilla).**—Eso que mandas es una calabazadita, y ¡perdona, Juanito!

**Paquita Portillo. (Madrid).**—Admitimos tu bonita historieta. ¡Cuánto se reirán con ella los lectores de PINOCHO!

**A. Pellicer. (Madrid).**—Admiramos tus trabajos, que serán publicados en PI-

NOCHO. Eres un gran dibujante, amigo A. Estamos muy contentos, muy contentos con tus dibujos y también (no me gusta olvidar nada) con los chistes de tus dibujos.

**Vicente Larrax. (Zaragoza).**—Muy bien. Quedan admitidos tus trabajos.

**Senando Canuñez y Pajares. San Fernando (Cádiz).**—Necesitamos otros dibujos tuyos. Necesitamos que nos demuestres, con nuevos trabajos de colaboración, todo el talento e ingenio que sabemos tienes, gran Senando.

**Luis del Campo Jesús. (San Sebastián).**—Que aguardemos a que nos mandes otra cosa, no quiere decir que tu cuento, «Los dos cornetas», se halle desprovisto de encanto. Por ese trabajo hemos advertido que podrías remitirnos narraciones maravillosas que encanten a los lectores de la Revista.

**Silvestre González Villegas. (Madrid).**—Nos gustan tus dibujos, pero no podemos publicarlos. ¿No adivinas por qué? ¡Si vinieran con tinta china, con tinta negrisima, muy china!... No lo olvides, Silvestre. No olvides lo que he aconsejado en tantas ocasiones.

**Alfredo Fernández González. (Madrid).**—Esperamos otro cuento. Este que nos envías ahora, aunque demuestra ingenio, no nos convence. Y no nos convence, precisamente, por lo emborronadita que ha venido la letra. En otra ocasión, procura cuidar la caligrafía. ¿Tomarás mis indicaciones? Creo que sí.

**Carmen Blond. (Madrid).**—¡Qué lástima que tu cuento sea tan largo! No hay que pasar de las cuarenta líneas. No olvides el encargo, Carmencita.

**Paco Baquero. (Madrid).**—Otro cuento; envíanos otro cuento. Queremos verte en las páginas de PINOCHO.

**Carlos Manzaneros. (Madrid).**—Para otra vez no olvides de hacer tus dibujos, como aconsejo a todos, con negrisima tinta china. De esa forma serán publicables tus trabajos.

**Ramón Blasco González. (Gijón).**—Te aconsejo lo mismo que a tu amigo Carlos: tinta china.

**José Albasanz. (Madrid).**—Deseamos que nos envíes nuevos trabajos. Tu cuento está bien, pero sabemos que puedes hacer, aguzando tu ingenio, cosas mucho mejores, y... aguardamos esas cosas mejores.

**María de la Concepción Baquero.**—Muy bonitos, muy graciosos tus dibujos, María de la Concepción. Pero esperamos que nos mandes otras obras, otros dibujos, llenos éstos de todas las maravillas posibles.

**M. Aleu. (Madrid).**—Y a ti, estimado M., señor o señorita Aleu, te digo lo mismo. Un poquito de cuidado y tus trabajos serán admitidos. Pinocho te espera con los brazos abiertos.

**Señores Anónimos. (De tantos lugares desconocidos).**—Entre los trabajos que recibimos sin firmar los hay muy buenos, buenos, malos y peores. Todos ellos, por ser anónimos, quedarán sin publicación. Y es una lástima. Es una pena que buenos dibujantes y buenos escritores vean rechazados sus trabajos por olvidarse de estampar al pie de la obra la firma correspondiente.

**José María Menárruez. (San Sebastián).**—Esperamos tus trabajos. Este que nos remites ahora, aunque no deja de tener gracia, la apartaremos hasta recibir nuevas cosas tuyas.

**José María Castañón. (San Sebastián).**—Tengo la seguridad, querido José María, de que conseguirás acertar en otra ocasión. Así lo desea Pinocho.

**Conchita Malmó. (Reus, Tarragona).**—Tu cuento es muy largo, Conchita. Procura que no pasen, en lo sucesivo, de las cuarenta líneas señaladas.

**Evaristo Mascarell Blas. (Madrid).**—Tus chistes quedan admitidos, gracioso Evaristo.

**Amparo Diaz. (Madrid).**—¡Cuánto deseamos tu colaboración! Ya que no saldrá el cuento que nos envías hoy, no olvides remitirnos, cuando te sea posible, otro trabajo. Tú podrás hacernos del agrado de tus amigos Pinocho y Pirula.

**Manolo Romero Miguélez. (Madrid).**—Serán publicados tus bonitos dibujos de venir, como aconsejo siempre, con negrisima tinta.



# MADRID-PARIS

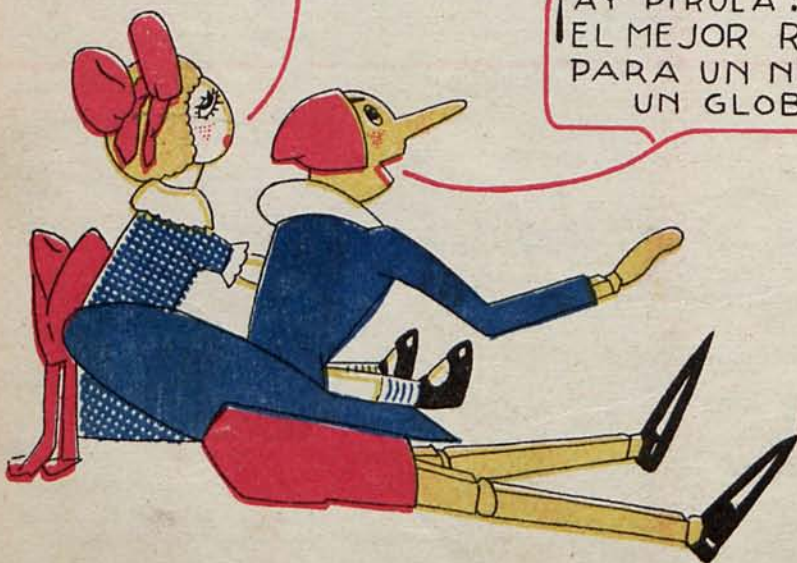
## GRANDES ALMACENES



¡PINOCHIN! MIRA  
QUE CONTENTOS  
VAN ESTOS NIÑOS!

¡AY PIRULA! ES QUE  
EL MEJOR REGALO  
PARA UN NIÑO ES  
UN GLOBO

¡GUAA GUAA....! LOS  
GLOBOS QUE REGALA  
**MADRID-PARIS**  
SON LOS MAS BONITOS  
¡YO QUIERO UNO...!



**TODOS  
LOS  
JUEVES  
REGALAMOS  
PRECIOSOS  
GLOBOS**

